

Bonatti, Andrés, y Valdez, Javier. *Una guerra infame. La verdadera historia de la Conquista del Desierto.* Buenos Aires: Edhasa, 2015, 238 págs.

Este puede ser tal vez el libro que todos los argentinos deberían leer en la escuela secundaria, un magnífico ejemplo de cómo se puede escribir buena historia, documentada, precisa, rica en datos y testimonios, con un objetivo divulgativo y ameno. Los autores, Andrés Bonatti, periodista, y Javier Valdez, historiador, colaboraron en 2010 en otro libro publicado por la misma editorial titulado *Historias desconocidas de la Argentina indígena*. En esta ocasión, los autores afrontan un tema aparentemente conocido por la historiografía argentina de los últimos años, en un trabajo que se apoya en un exhaustivo análisis bibliográfico y documental dividido en once capítulos, con una gran profusión de fotografías, mapas y cuadros.

La Conquista del Desierto no es un episodio aislado, coincide con una política antiindígena y de control social que contagiò a varios gobiernos continentales durante el siglo XIX y parte del XX. La solución argentina y el genocidio de los indios estadounidenses son los casos más conocidos, pero podemos citar otros casos de limpieza étnica igualmente contundentes en América.

La ocupación del Sur tuvo un protagonista decisivo que fue Julio Argentino Roca, acompañado de varios brazos ejecutores entre generales y soldados. Pero es indiscutible que detrás de los sables se atrincheraba un cuerpo intelectual extraordinariamente convincente que prestó sus teorías en forma de sesudos análisis científicos y de argumentos políticos de muy diversa índole. A estas circunstancias hay que sumar los intereses económicos, en un principio sustentados por la biempensante y prestigiosa Sociedad Rural Argentina, y posteriormente respaldados por gobernadores, políticos locales, una prensa entregada a la causa y una sociedad ávida de tierras para la agricultura y la ganadería. El botín de la Conquista del Desierto (capítulo once) es esencial para comprender el avance de la frontera y la implicación de los hacendados bonaerenses en esta empresa. El axioma «cultivar el suelo es servir a la patria» se identificó plenamente con los ideales de la Sociedad Rural y con una etapa legislativa que impulsó y facilitó la adquisición «legal» de cientos de hectáreas, con leyes como la 1628, las leyes de Tierras o de Premios militares. Familias como las de Antonio Devoto, Vicente Casares o Pastor Senillosa se vieron favorecidas por estas leyes. También terratenientes de origen británico se beneficiaron del enorme festín territorial brindado por el gobierno argentino; así, corporaciones como la Argentine Southern Land Company, creada en 1889, llegaron a gestionar 585.000 hectáreas.

Los asuntos espirituales también estuvieron representados por una Iglesia católica que demandaba almas para la conversión, en una especie de histeria colectiva por la evangelización, más propia de los tiempos de la conquista castellana que de un nuevo Estado-nación que repudiaba actuaciones pretéritas. Una de las aportaciones más interesantes del libro es el análisis de una serie de hechos anteriores y posteriores a las fechas oficiales de la Conquista (1876-1880),

que ayuda a comprender mejor las circunstancias que rodearon el traslado de la frontera a los ríos Negro y Neuquén, lo que hace necesaria una revisión de dicha cronología. Igualmente valioso es el análisis de figuras como las de Avellaneda, Sarmiento y sus debates ideológicos con Alberdi y personajes como el ingeniero Ignacio Domeyko, que trabajó para el gobierno chileno y fue uno de los defensores de la cultura araucana. De 1810 a 1911 se sucedieron veinte expediciones militares de la campaña al Desierto y de la campaña al Gran Chaco, con un propósito muy claro: «Combatir por la civilización», como le diría Alsina a Levalle después de la campaña que acabaría con la mítica Carhué. La extensión territorial conseguida desde el inicio de la ocupación hasta las últimas operaciones en el Chaco fue aproximadamente de 500.000 kilómetros cuadrados, la misma extensión de España, y las cifras de indígenas muertos, según las estadísticas oficiales, alcanzaron los 10.000 muertos.

La reconstrucción de la vida y trayectoria de una determinada comunidad y de sus líderes principales se alterna con el desarrollo de su lucha contra el empuje expansionista gubernamental (capítulos segundo al séptimo). Así, el capítulo segundo trata de la nación ranquel y de la importancia en su devenir de Manuel Baigorria Huala, alias Baigorrita, que se convertiría en el cacique general de la comunidad de Poitahue. Los ranqueles habían sido objeto, desde los primeros años del periodo independiente, de acoso por parte de Juan Manuel de Rosas; esta primera Campaña del Desierto se caracterizó por la violencia de la lucha, por la práctica del malón como táctica de guerra y por la capacidad diplomática de los indígenas a la hora de formar alianzas con los unitarios contra la ferocidad rosista. Uno de estos ejemplos es su participación en la batalla de Cepeda contra la fuerzas porteñas de Mitre, episodio fundamental en la reincorporación de Buenos Aires a la Confederación.

En el tercer capítulo, «Muerte y desolación en el país de los Montes», se describe el final del cacicazgo mapuche de Salinas Grandes y la importancia de la dinastía Curá, con Calfucará a la cabeza, el responsable de la organización de la gran confederación indígena de 1845, formada por picunches, manzaneros, huiliches y pehuenches, entre otros, y que gozó de una situación estable hasta la década de los setenta. El cacique, padre de Namuncurá y abuelo del que fuera el beato Ceferino, supo aprovechar la alianza con Rosas para enfrentarse a los boroganos y apropiarse de las tierras que habitaban. En 1845 el territorio incluía parte de las provincias actuales de Río Negro, Mendoza, San Luis, La Pampa, Córdoba y Buenos Aires. Se calcula que el número de habitantes era de diez mil, «de los cuales dos mil quinientos eran lanceros o “indios de pelea”» (pág. 59), número similar a los del cacique Pincén, que llegó a tener un ejército de dos mil hombres.

Las tranquilas relaciones con el gobierno pronto se fracturaron y las acciones violentas emprendidas por Roca y el ejército comandado por Levalle culminaron en la batalla de Lihué Calel en 1878, obligando a Manuel Namuncurá a refugiarse en las montañas ante el continuo hostigamiento del ejército. Esta situación les llevó a una realidad dramática, de perpetua hambruna y enfermedad,

y terminó por arrinconarlos en una zona ribereña del río Negro. Observamos que las sequías y el cólera fueron perfectos aliados para acabar con las tolderías, como es el caso de las gentes de Pincén. La reducción de estos grupos a zonas periféricas y menos codiciadas por los estancieros sería un procedimiento habitual. Esta solución resulta benévola si la comparamos con la reclusión en la isla de Martín García (capítulo nueve), destino de los catrieles, que es dramáticamente reconstruida por los autores en el capítulo cuarto. Las deportaciones a este espacio, presidio y campo de concentración de apenas dos kilómetros cuadrados, situado en la desembocadura del río de La Plata, demostraron la iniquidad de los gobernantes argentinos, para los cuales los indígenas eran indios perversos, azotes del norte, perros rabiosos, y los exhibían como animales salvajes en Buenos Aires, donde eran contemplados por una sociedad porteña que se sentía atraída por su exotismo, lo que nos recuerda la «village nègre» de la Exposición Universal de París de 1889.

Más allá del estallido historiográfico que ha supuesto este tema en los últimos años, las consecuencias humanas de las campañas no han sido objeto de la curiosidad de los especialistas. Es digno de alabar el interés de los autores por descubrir «los mecanismos de la explotación» (capítulo ocho) que ponen al descubierto las condiciones en las que la mano de obra indígena era empleada en las haciendas, plantaciones e industria. Compañías como La Forestal o los ingenios de Tucumán recibieron a miles de indígenas ranqueles, mapuches o mocovíes, confinados en campos de concentración, y castigados y sometidos a abusos de todo tipo. Uno de los elementos esenciales para la comprensión de este entramado de represión es la creación en 1872 del Consejo para la Conversión de los Indios, institución que requeriría un estudio más específico.

De la lectura de estas páginas se puede concluir que, a esta política de apropiación del territorio por parte de las autoridades de turno, habría que sumar otras características inherentes a estas comunidades, como fueron los problemas internos que se presentaban en los grupos que eran aprovechados eficazmente por los militares. Los blancos no entendían de lealtades, y también es cierto que los indígenas mantuvieron distintas formas, a veces incoherentes, de relacionarse con el poder, dependiendo de sus intereses, de los gobernantes del momento y de la receptividad a sus propuestas. Habría que interrogarse sobre la posibilidad de haber establecido un diálogo pacífico entre los indígenas y las élites capitalinas para llegar a una «entente colonizadora», sin embargo, esta vía negociadora quedó truncada desde los primeros momentos, cuando Rosas, por mandato del presidente Rivadavia, estableció acuerdos desiguales con los indígenas amigos en esa cínica «Negociación Pacífica de Indios».

En la década de los ochenta el Chaco permanecía sin control, miles de habitantes de los grupos tobas, wichis, pilagás y mocovíes desarrollaban sus actividades agrícolas y cinegéticas ocupando un vasto territorio. El general Benjamín Victorica sería el encargado de emprender la campaña del Desierto Verde o Desierto del Norte a partir de 1884. El botín para los nuevos estancieros era doble, pues no solo se hicieron dueños de inmensas extensiones para la produc-

ción ganadera, las plantaciones de algodón y el cultivo agroindustrial, principalmente tabaco y azúcar, sino que disponían de brazos para trabajar en condiciones de semiesclavitud. En el capítulo séptimo se narra la lucha del cacique pehuenche Purrán, uno de los confinados en la isla de Juan García, y que acabaría sus días empobrecido al otro lado de la Cordillera. Cabe resaltar la trascendencia de las alianzas entre Chile y Argentina y la importancia del comercio transfronterizo minero, monopolizado por algunos caciques. El definitivo control del territorio se logra con la llegada de la División Expedicionaria del Atlántico Sur, bajo el mando del comodoro Lasserre, a la isla de los Estados y Ushuaia. La pacificación del desierto tuvo consecuencias visibles hasta las primeras décadas del siglo xx: miles de indígenas desarraigados deambularon como fantasmas por los predios del país, sin tierras, empobrecidos y víctimas de todo tipo de ultrajes.

Estas circunstancias han resultado ser paradigmáticas del futuro que les tenían preparado los artífices de la gran nación argentina; las reivindicaciones son recurrentes hasta nuestros días. Es lamentable que los gobiernos democráticos argentinos hayan sido incapaces de afrontar la realidad. Los pueblos originarios no renuncian a sus legítimos derechos, desde la persistente lucha por las tierras, el necesario perdón institucional por las atrocidades cometidas, el reconocimiento del atropello histórico al que se los sometió en las voraces y vergonzosas campañas del siglo xix, hasta una justa reparación económica; como dijo el ministro Victorica: los indígenas son «ciudadanos teóricos, no prácticos» (pág. 69) y como tales han sido tratados hasta el tiempo presente.

Izaskun Álvarez Cuartero
Universidad de Salamanca (USAL), España

Fecha de recepción: 1 de enero de 2016
Fecha de aceptación: 1 de mayo de 2016
Fecha de publicación: 7 de noviembre de 2016